

## XXI

## Comedia.

La noche cafa, á pesar de lo dicho por Olivette obedeciendo las órdenes mudas de Fargeau Crehu de la Saulays.

Berta estaba sentada en una de las raíces del gran roble, oprimida por su felicidad.

Olivette se había acercado á Fargeau.

—¿Has comprendido bien?—le dijo al oído.

—Sí—replicó Olivette.

—Este es el momento. ¡Anda!

Olivette parecía dudar.

—¡Ah!—murmuró.—¿Me jura usted que el señor Luciano la engaña?

—Por mi honor. ¡Vamos, anda!

Olivette dudó un instante; después se dirigió hacia Berta, que estaba demasiado lejos, y sobre todo demasiado absorta para haber oído nada.

—Señorita Berta—dijo endulzando la voz,—ahora que estoy sola con usted, quisiera darle mis excusas y decirle que si falté á mi deber no ha sido mía la culpa.

—Ya sabes que te quiero, mi pobre Olivette—respondió la joven sonriendo.—Aunque estuviera enfadada contigo, te perdonaría al punto: ¡soy tan dichosa!

—¡Dichosa!—repitió Olivette, que trató de hacer sensible por su acento el movimiento de cabeza que Berta no podía ver.—Tanto mejor si usted es dichosa, mi buena señorita; yo creía...

Y se detuvo. Fargeau continuaba allí, como el celador que impide al esclavo un instante de tregua en el trabajo.

—¿Qué creías?—dijo Berta negligeramente.

—¡Oh!—dijo Olivette.—Me había propuesto no hablar á usted de ello.

Berta escuchó con atención.

—¡En lo que se mezclan, Dios mío!—exclamó Olivette con fingida cólera.—¡Ah, ya les he dicho mi manera de pensar! ¡No puedo callar más! ¡Obrar así con mi querida señorita!

—Pero ¿qué estás diciendo, Olivette?—preguntó Berta tranquilamente.

Olivette tenía la frente inundada de sudor; ¡tantos eran sus esfuerzos! No sabía cómo descargar el gran golpe. Sin la presencia de Fargeau acaso hubiera renunciado á su designio; pero Fargeau estaba allí y Olivette no podía volverse atrás.

—¡Esto me parte el corazón!—repuso.—¡La señorita Berta engañada por aquí, la señorita Berta engañada por allí! ¡Bajo mi palabra, se diría que eso los divierte!

Berta había levantado la cabeza y un pensamiento inquieto había tomado cuerpo bajo su hermosa frente. Fatalmente son espantadizos y celosos los que se sienten débiles contra la traición.

Berta temía sin cesar, porque tenía la conciencia de su inferioridad física. Lo que había dicho á Luciano se lo repetía á sí misma con frecuencia. ¿Es que puede nadie casarse con una ciega?

¡Amaba tan intensamente! ¡Iba á ser madre!...

¡Oh! ¡No la condenen los que tienen el derecho de ser severos! ¡Tengan más bien piedad! ¡Eran dos pobres criaturas!

Se habían amado como se respira, sin saber cómo. Se habían amado porque ambos eran buenos, nobles y sinceros en aquella helada atmósfera de egoísmo y de mentira.

Un día—hacia largo tiempo ya que se amaban—hacía la caída de la tarde, el Sol de otoño había dejado en la atmósfera tibios y gratos perfumes.

Berta cogió su arpa.

Cada mujer tiene su encanto especial que la hace irresistible cuando es hermosa y, además, amada. Cuando Berta cantaba, no era una mujer. El velo que Dios había corrido sobre sus ojos desaparecía y en torno de ella se cernía una aureola radiante; cuanto

la poesía tiene de suave, todo lo que el amor tiene de entrañable, todo lo que la sencilla tristeza de los diez y seis años exhala de encantadoras seducciones.

Su voz era vibrante y dulce; en ella se oía su corazón y hasta se hubiera dicho que sonoro llanto.

Su alma se desbordaba. Era la maravillosa planta del amor virgen, los suspiros embalsamados, la tierna inquietud, la pasión profunda y lenta como una fiebre.

Dios perdona. ¡No la condenéis!

Fué un desvarío punzante, pero espléndido. Después Luciano, oprimiéndose la frente con ambas manos, cayó á sus pies.

Berta tenía el rostro inundado de lágrimas.

—¡Te lo juro!—balbuceó Luciano con voz entrecortada.—¡Serás mi esposa!

Antes de aquel momento Berta nunca había sentido miedo.

¡Ay! A partir de aquel instante, dudó. El velo que tenía sobre los ojos la oprimía con horrible peso.

Por eso, lo repetimos, toda aquella comedia que se iba á representar en torno suyo para engañarla, para desesperarla, para quitarle su fe y su esperanza, había de ser de seguro resultado.

Al oír las últimas palabras de Olivette, Berta le cogió una mano.

—¿Qué dices, hija mía?—dijo con alterada voz.

—Yo—respondió la aldeana—repito lo que dicen.

—Pero ¿qué es?—balbuceó Berta, que estaba muy pálida.

—¡Caramba! No sé si debo repetir todo eso.

—¡Me haces temblar, Olivette!

—¡Hay motivo para ello!

Berta no dijo nada.

Fargeau hizo desde lejos un gesto de aprobación. La escena se bosquejaba absolutamente según su plan.

—¡Tanto peor!—repuso la doncella lugareña.—Preferiré verla triste durante unos momentos á permitir que se ría de usted todo el mundo. ¡Vamos, haced de tripas corazón, como suele decirse, mi buena señorita! El señor Luciano se burla de usted. Eso es todo.

Berta se levantó rígida.

—Hace la corte á una señorita de Vitré—continuó resueltamente Olivette.

—¡Vámonos!—dijo Berta.—¡Vámonos, hija mía!

Cheri se levantó también y miró á Olivette con cólera. Esta no se movía.

—¡Vámonos!—repitió Berta.—¡Me engañas, ó te engañas! ¡Lo que dices no es posible!

—¿Engañaros yo, mi querida señorita?—exclamó Olivette.—¡Oh, no! Y en cuanto á engañarme, bien lo quisiera; pero... ¿La criada del señor rector es una mala lengua? ¿Sí ó no? Y además, yo sé leer.

Olivette buscó en su pecho, pero no encontró lo que buscaba.

Se volvió hacia Fargeau, que, comprendiéndola, hizo una bola de papel y se la arrojó desde lejos.

Mientras Olivette recogía el papel, Berta decía maquinalmente:

—¿Sabes leer? ¿Por qué me dices que sabes leer?

—Porque he leído una carta—respondió Olivette.

—¿Qué carta?

—Una carta del señor Luciano que la criada del señor rector ha encontrado.

Berta no podía respirar.

—¡Ah!—dijo.—¡Mientes! ¡No es verdad! ¡Todo eso lo dices por asustarme!

—Una carta en que dice que ama á la otra—prosiguió Olivette, impulsada por la mirada imperiosa de Fargeau,—á la de Vitré.

—¡Mientes! ¡Mientes!

—Una carta en que le dice que no ama á usted.

Berta exhaló un grito.

—¿Y tú has leído esa carta?—preguntó esforzándose.

—Y vuelvo á leerla en este momento mismo—replicó la aldeana,—porque la tengo en la mano.

Berta, como si en aquel momento hubiese tenido el don de la vista, se arrojó sobre el papel y le estrujó entre las manos convulsivamente.

—¡Mientes!—repitió, sin saber lo que hablaba.

Y, sin embargo, la grosera astucia había vencido en toda la línea. Aquel papel blanco, arrancado de la cartera de Fargeau, era para la pobre ciega una prueba de su desgracia.

El papel la abrasaba. Parecía que sus dedos palpan la escritura.

—¡Miento!—exclamó Olivette como ofendida.—¡Oh, mi querida señorita! ¡Usted no sabe cuánto la amo! Después de todo, un hombre no es más que un hombre. ¡Hay tantos! Se pierde uno y se encuentran dos.

Olivette hablaba alegremente. No sentía grandes remordimientos, porque no podía medir el alcance del golpe que daba á su ama; después, porque en ello le iba su dote y, por último, porque así hacía una mala pasada á Luciano, que la había humillado.

¿Crea ella en la infidelidad de Luciano? Tal vez. A los diez y nueve años la señora Marion, propietaria, debía de parecerse algo á Olivette.

Estas buenas gentes hacen fortuna.

Fargeau acababa de desaparecer detrás de la roca.

Al cabo de un momento se mostró de nuevo en compañía del hombre de negocios Besnard.

Todo estaba previsto en la comedia de antemano preparada.

—Escuche usted—dijo Olivette.

Y como Berta no respondiese, la cogió del brazo y añadió:

—¿No ha oído? Hablan de usted.

Berta no respondió.

—Y del señor Luciano—continuó Olivette.

—¡Oh!—exclamó Berta.—¿Quién?

El señor Fargeau y el señor Besnard.

—¿Dónde están?

—Vienen hacia aquí. ¿Quiere usted tener la prueba de lo que le he dicho y saber acaso alguna cosa nueva para usted? ¡Ocultese!

—Sí—dijo Berta vivamente.—Voy á ocultarme... para saberlo todo.

—Aquí... en el roble.

Fargeau y Besnard se acercaban.

—¿Estoy bien oculta?—preguntó Berta.

La pobre niña estaba en medio de la abertura y se la veía de lleno.

—Sí—respondió Olivette,—bien oculta.

—¿Nadie puede verme?

—Nadie; pero ¡silencio! Helos aquí.  
Berta se agachó y prestó oído.  
Olivette hizo al joven Fargeau y á Besnard una señal que quería decir:

—Entren en escena; los escucha.

## XXII

## Infamia.

Fargeau y Besnard tomaron el diapasón de una conversación muy animada.

—Usted se engaña, mi querido señor Besnard—dijo Fargeau—estoy seguro de ello.

—Le digo que no me engaño, señor Fargeau, y añado (por vida de!... que es una cosa innoble. ¡Tómelo usted como quiera!

—Mi primo es un hombre honrado, señor Besnard.

—¡Hombre honrado! ¡Señor Fargeau! En fin, cada cual entiende las palabras á su manera.

—Helos aquí, que se detienen—dijo Olivette al oído de Berta.

Berta preguntó otra vez:

—¿Estoy bien oculta?

—Sería preciso ser el Demonio para percibirla—repuso en voz baja Olivette.

—Que defienda usted á su joven primo, mi querido señor Fargeau—repuso Besnard calmándose algo,—es natural; pero no todo el mundo está obligado á considerar las cosas desde el mismo punto de vista, y si su afecto le ciega...

—Pero no del todo—dijo Fargeau.

—¡Vaya!—exclamó Besnard con autoridad.—Contra los hechos no se discute. ¿Ha visto usted la carta?

—¡Locuras de joven!

—¡A buena hora! ¡Locuras de joven! ¡Perfectamente!

—Puedo afirmar—repuso Fargeau—que tiene mucha amistad con nuestra pobre prima.

—¡Oh! ¡Oh!—dijo Besnard con un acento que traspasó el corazón de Berta.—¡Amistad, mucha amistad! Eso no le impedirá casarse con la otra, á lo que parece.

—Pero...—objetó Fargeau.

Besnard le cortó la palabra.

—¡Es innoble!—repitió.

Berta tenía ambas manos apoyadas sobre el pecho y sufría hasta morir.

Olivette la miraba con piedad. El remordimiento se apoderaba de ella presenciando aquel silencioso martirio; pero se decía á sí misma:

—Es por su bien.

Y pensaba algo en su dote para consolarse.

Hablando, Fargeau y el hombre de negocios se habían acercado al árbol. Se encontraban á pocos pasos de las dos jóvenes. Besnard detuvo á Fargeau.

—Aquí—dijo—estamos libres de los curiosos, querido, y podemos hablar sin peligro de asuntos de familia. No se trata de su prima Berta, y si continúo hablando de ella, es únicamente por lo que se relaciona con usted, que á mí ni de cerca ni de lejos me interesa nada dicha joven.

Olivette comenzaba allí su educación, y como aún no estaba muy adelantada, experimentaba gran disgusto. El medio que empleaban para engañar á la pobre ciega ¿no lo emplearían también para engañarla á ella misma?

Sentía deseo de coger á Berta por el brazo y de gritarle:

—¡Esos hombres son dos miserables embusteros!

Si lo hubiera hecho así, acaso la pequeña Olivette hubiera sido una mujer honrada, porque hay momentos que señalan el punto de partida de nuestro destino. Se hubiera casado con Jaume, el pastor de Ceuil, y hubiera tenido muchos hijos, que hubieran apadrinado Faucin, Ivon, Merieul, Mathurin Houin, Pedro Mechet y Louisic el panadero.

Pero no obró así. Era una joven prudente que no seguía sus primeras inclinaciones. Según el precepto del sabio, reflexionaba.

¡La dote! ¡La imagen de Tiennet Blône con su aire resuelto y sus largos y ensortijados cabellos!

No obró así, y por eso llegó á ser...

Pero ya veremos en lo que paró Olivette.

Una idea acababa de surgir en la mente de Berta; una sospecha vaga, que se fortaleció al punto, pues tal era su deseo de alentar la más ligera esperanza. Pensaba:

—He aquí unos hombres que justamente vienen á este sitio para hablar de Luciano y de mí. ¡Dios mío! ¡Si todo ello fuera un juego preparado, una comedia! Se inclinó al oído de Olivette.

—¿Y Cheri?—murmuró.—Van á ver á Cheri.

Pero Olivette tenía pronta la réplica:

—Mi buena señorita—respondió,—Cheri está ahí, en el árbol, tan bien oculto como nosotras.

Y no mentía. Cheri no estaba menos manifiesto que Berta.

Y terminó sus reflexiones, porque Besnard volvió á tomar la palabra.

Iba á dar el golpe final.

—Compréndame bien—dijo con tono confidencial,—querido Fargeau: creo que su primo Luciano tenía dada promesa de matrimonio á su prima Berta.

—No veo en ello sino una cosa muy natural—replicó Fargeau.

—Sin duda, su observación le honra, mi joven amigo; pero no es la promesa de matrimonio lo que censuro.

—¿Pues qué censura usted, señor Besnard?

—Un acto cuyo calificativo será incontestablemente grave injuria. Ya sabe usted, mi querido señor Fargeau, que no soy batallador. Pues bien, hombres como su primo creo que me harían salir de mis casillas.

—Le ruego que se explique, señor Besnard—dijo Fargeau gravemente.

—Lo que censuro—repuso el hombre de ley, que parecía acalorarse mucho—es el hecho de haber recogido esa promesa de matrimonio suscrita libremente.

—¡Oh!—dijo Berta sonriendo.

Había de extraño en aquello la circunstancia de

que los protagonistas de aquella infame farsa podían observar el efecto de su discurso en la fisonomía de su víctima. Estaban á menos de diez pasos de distancia y no la perdían de vista un momento. La sonrisa de Berta tuvo como un doble reflejo en sus labios de pícaros.

—¡Muerde el cebo!—se decían.—Ahora vamos á saber dónde está la promesa de matrimonio.

Pero la sonrisa de Berta significaba:

—¡Locos! ¡Y yo que tenía miedo!

Cogió la mano de Olivette y se la apretó como dándole gracias por la conversación oída.

La mano de Olivette estaba yerta.

A Olivette le parecía la prueba demasiado larga y experimentaba un verdadero suplicio.

Fargeau repuso:

—No le comprendo del todo, señor Besnard.

—Precisaré. Luciano ha sustraído la promesa para entregársela, sin duda en holocausto, á su bien amada de Vitre.

—¡Oh!—dijo Fargeau con el amargo disgusto de un hombre honrado.

Berta no sonreía, pero su corazón palpitaba. Después de todo, aquella promesa no la había tocado desde la víspera.

Se volvió instintivamente hacia la cavidad tapizada de musgo que Luciano había mirado cuando le preguntó por vez primera acerca de la promesa.

Olivette frunció el entrecejo. Lo que quedaba en ella de honrado y de humano iba á sublevarse.

—El golpe está dado—dijo Fargeau al oído de Besnard.

—Sí—replicó éste;—pero Olivette va á echarlo todo á perder.

Y añadió en voz alta:

—No aparente que lo duda, mi joven amigo; cuando digo una cosa, es que estoy suficientemente enterado. He visto con mis propios ojos la susodicha promesa.

—¿En manos de quién?

—¡Voto á! ¡En manos de su amada!

Berta se apoyó en Olivette, y después oprimió con ambas manos su desfallecido corazón.

Fargeau se llevó un dedo á los labios, mirando á Olivette con expresión tan ponzoñosa que la joven sintió frío y se estremeció.

—Aparentemos marcharnos—dijo Fargeau en voz baja.

—Mientras volvemos al castillo—repuso Besnard marchando,—le explicaré cómo he podido saberlo.

El resto de la frase se perdió para Berta.

—¿Han partido?—preguntó con voz débil.

—Sí—respondió Olivette, fascinada por la mirada de Fargeau, que se acercaba silenciosamente.

Un sollozo se escapó del pecho de Berta.

—¡Dios mío!—dijo con desesperación.—¿Es posible eso?

Olivette abrió la boca. Fargeau le hizo una seña.

Bajó los ojos y calló.

Berta acababa de levantarse. En su hermoso rostro se pintaba una solemne esperanza.

—Olivette—dijo,—hija mía, vete; quiero estar sola.

—Pero, señorita...—comenzó á decir la joven, atormentada por el remordimiento.

Una segunda señal de Fargeau la detuvo. También él le decía con los labios y con el gesto:

—¡Vete!

Bajó la cabeza y dió algunos pasos.

—Puesto que usted lo desea, mi querida señorita Berta...—balbuceó.

—¡Sí, hija mía, vete!

Olivette se alejó. Antes de dar vuelta á la roca, se detuvo un momento. Berta seguía inmóvil en el mismo sitio.

—¡Vamos!—dijo Besnard, que estaba cerca de ella al otro lado de la roca.—En marcha, pequeña. Aquí no eres ya necesaria.

Berta permaneció largo tiempo inmóvil y muda. Fargeau y Besnard esperaban. Las manos de la joven se juntaron.

—¡Dios mío!—murmuró.—¡Si eso es verdad, dejadme morir antes que quitarme toda esperanza!

Había en este ruego un dolor tan dulce y tan profundo, que Fargeau y Besnard se volvieron á la vez para ver si Olivette había vuelto por casualidad. Porque Olivette, conmovida como ya lo estaba, tal vez

no hubiera podido resistir. Besnard no dejaba de experimentar cierta emoción; pero debemos decir que la sagaz figura de Fargeau expresaba la más absoluta calma. Besnard no era más que un miserable; Fargeau, un espíritu fuerte.

Berta palpó las paredes interiores del roble y se orientó.

—¡Bueno!—murmuró Fargeau.—La promesa debe de estar muy cerca de aquí.

—¡Nos quemamos!—murmuró Fargeau, que quería hacerse el bravo, y temblaba.

Berta se detuvo bruscamente; su oído había percibido un sonido.

—¿Hay alguien, Cheri?—preguntó.

Como nadie respondía, llamó á Cheri, que colocó sus dos patitas blancas sobre el vestido de su ama.

—¿Hay alguien, Cheri?—volvió á preguntar Berta. Cheri conocía demasiado á Fargeau para ladrarle y permaneció mudo.

Berta llegó ante la cavidad musgosa que ya hemos designado muchas veces y se arrodilló.

—Está hondo—dijo Fargeau.

Besnard estaba muy pálido.

—¡Dios mío!—murmuró Berta.—¡Virgen Santa! ¡Tened piedad de mí! ¡Soy muy desgraciada! ¡No tengo en el mundo más que un refugio y una esperanza! ¡Si este refugio me falta, si esta esperanza debe disiparse, tomad mi alma! ¡Dios mío! ¡Os lo pido de rodillas!

Besnard oprimió la mano de Fargeau. Dudaba, porque la queja de aquella criatura removía violentamente lo que le quedaba de corazón.

Fargeau le rechazó.

—¡Que tengo hijos!—dijo Besnard.

Fargeau sonrió con dureza y respondió:

—¡Yo no los tengo!

—¡Oíd!—repuso Besnard.—¡Preferiría matarla!

Fargeau se encogió de hombros y entró en el roble hueco de puntillas.

Estaba á dos pasos detrás de Berta.

El perrito Cheri fué á jugar entre sus piernas.

Berta se levantó.

Besnard volvió la cabeza para no ver lo que iba á pasar.

## XXIII

## El Pozo Rondel.

¿Qué iba, pues, á pasar, tan horrible que un hombre de ley como Besnard no pudiera mirarlo de frente?

¿Besnard, corazón de pergamino, pícaro revolver de papeles, miserable que había estudiado el Código exclusivamente desde el punto de vista del pillaje?

Nuestros personajes estaban colocados: Besnard, fuera, en el otero; Fargeau y Berta, en el hueco del árbol.

Era preciso una hora para ir y volver á Ceuil, y hacía más tiempo desde que Jaume el pastor había partido con sus vacas.

La noche venía rápidamente. Acaso era Jaume el pastor aquella forma negra que se ocultaba entre las grandes ramas del roble, y que aplicando el ojo á uno de los agujeros superiores del tronco, intentaba ver.

Era Jaume, ó acaso un gran mono escapado de las colecciones zoológicas ambulantes que van de Laval á Rennes, á Brest ó Vannes.

Un mono, pase; pero el pastor, ¿qué iba á hacer allí?

Seguramente, acechar á Olivette.

Era una prueba terrible que iba á intentar Berta.

Con la mano extendida, podía preguntar al oráculo. Allí estaba su destino, su felicidad ó su desdicha.

Porque Fargeau no se había engañado: la promesa de matrimonio estaba en el hueco del roble.

Pero para asegurarse de las acusaciones hechas á Luciano, Berta no tenía que hacer más que un gesto.

Fargeau contaba con ello.

Considérese si el corazón de Berta palparía y temblaría su pobre mano.

Fargeau, detrás de ella, se impacientaba, porque se veía obligado á retener la respiración.

Por fin Berta movió su hermosa mano blanca y retiró del tronco un haz de musgo, luego otro. Fargeau, que se había levantado de puntillas, vió en el fondo de la cavidad un objeto blanco.

Berta avanzó la mano de nuevo. Aún dudaba. Pero la mano de Fargeau fué más pronta que la suya. Se apoderó del objeto blanco con una habilidad de prestidigitador.

La forma negra que se encontraba en lo alto del roble se agitó y murmuró:

—¡Y el señor Luciano que está en Vitré!

Después la forma negra se escurrió á lo largo de una rama que colgaba fuera del otero sobre el camino de Vitré.

Besnard levantó los ojos y vió como una masa sombría que rodaba hacia el Vesvre, creyendo reconocer en ella al pastor.

Fargeau salía del roble con la presa conquistada.

—¡Ya está hecho!—dijo fríamente.

Besnard le señaló con mudo ademán la forma negra que descendía corriendo.

Fargeau palideció.

—¿Está Luciano en Vitré?—murmuró.

Y luego añadió:

—Después de todo, si es preciso hablar á los Romblon, se les hablará.

Cogió del brazo á Besnard y ambos tomaron lentamente la dirección de Ceuil.

En aquel momento Berta, dominando su temor, metió la mano en el agujero; sus dedos tocaron á la madera muerta. Buscó largo tiempo, dió un grito y cayó inerte al suelo.

No estaba desvanecida, aunque no se movía. Cheri daba vueltas en torno suyo y le lamía las manos aullando.

A cien pasos de las rocas que flanqueaban la entrada de la Mestivière, Fargeau y Besnard oyeron un grito lejano y repetido que procedía de lo alto y que se acercaba poco á poco.

Al cabo de algunos minutos se hizo más claro, percibiendo las notas quejumbrosas de la llamada que usan en las campiñas de Ille-et-Vilaine.

—¡Eh, eh, señor Fargeau! ¡Eh, eh!

—Es la voz de Pedro Mechet—dijo Besnard.

Apretaron el paso.

—¡Eh, eh, señor Fargeau!—segufá diciendo la misma voz.

—¡Eh, eh!—gritó el hombre de negocios.

Un momento después se oyó correr por la hierba, y Pedro Mechet apareció en la sombra que se iba extendiendo.

—Le buscaba, señor Fargeau—dijo desde lejos,—de parte de papá Romblon.

Llevaba en la mano un papel desdoblado. Fargeau le cogió y leyó trabajosamente á la luz que aún brillaba en el Oeste: *Tarde venientibus ossa* (1).

—¿Qué es esto?—pregunté Besnard.

—¡Adelante!—exclamó Fargeau, que echó á correr como si el Diabolo le persiguiera.

Besnard le siguió.

Berta yacía anonadada sobre la fría tierra. Maquinalmente sus dedos palpaban el musgo verde, por si el papel pudiera encontrarse entre la hierba. ¡Nada! ¡Era cierto cuanto habían dicho! ¡La promesa de matrimonio había desaparecido!

¿Y quién podía haberla quitado de allí sino Luciano, puesto que sólo él sabía el sitio en que la había ocultado?

¡Luciano no la amaba! ¡Luciano, que hacía poco le decía!...

Pero cuando no se siente amor hacia una pobre desgraciada se le tiene un poco de piedad.

Berta pensaba todo esto. Sus ojos estaban secos. Su respiración era jadeante, y decía:

—¡No volveré á verle! ¿No tenía como un presentimiento? ¡No se ha atrevido á afrontar mi desesperación, y ha huido! ¡Dios mío, que sea feliz!

Sus ojos se humedecieron mientras repetía:

—¡Que sea dichoso! ¡Yo sufriré sin quejarme! ¡Dios

(1) A los que llegan tarde no les quedan más que los huesos.

mío, dadle mi parte de felicidad! ¡Estaba loca!—repu-so después de un momento de silencio.—¡Aquella voz que me decía á todas horas: *Puede nadie casarse con una ciega?* no quería escucharla! ¡Le amaba tanto! ¡Oh Virgen María! ¡Tened piedad! ¡Le amo aún, le amaré siempre!

Se acurrucó é inclinó la cabeza sobre las rodillas. Fargeau mismo quizás no hubiera contemplado sin emoción aquel dolor punzante y sin límites.

A las postreras luces del crepúsculo se distinguía vagamente aquella lívida cabeza cubierta de negros cabellos.

Con sólo contemplar aquel cuerpo extenuado, se adivinaba la desgarradora tortura de su alma, próxima á caer en la desesperación.

—¡Pobre criatura, que nacerá entre lágrimas!—murmuró después de un largo silencio.—¡Pobre hijo, que no tendrás padre!

Sus ojos se nublaron. Pensaba en Juan Crehu, que la noche anterior le pedía perdón por no haberle dado muerte cuando era niña.

La idea de la muerte empezaba á obsesionarla. De ordinario, el sentimiento de la maternidad es poderoso para combatir la idea del suicidio; pero en ella el pensamiento de la muerte se derivaba del pensamiento de su hijo.

Berta ocultó la cabeza entre las manos.  
—¡Dios me castigará á mí sola!—dijo.—¡Habrán un angel más en el Cielo! ¡Y Dios no me castigará tam-poco!—añadió rehaciéndose.—¿Verdad, Virgen Ma-ría? ¿Acaso no soy bastante desgraciada?

El perrito Cheri ladraba; ella le rechazó con rude-za; después le llamó y le cubrió de besos llorando.

—¡Adiós, Cheri!—murmuró.—¡El te abrazará toda-avía, pero yo no te abrazaré más! ¡Oh!—repu-so, tratand-o de reprimir sus sollozos.—¡No quiero que me sigas, mi pobre Cheri! Mañana .. esta noche, te encontrarán y te libertarán!

Le besó por última vez, le ató á una rama y se le-vantó.

Su cabeza se inclinaba sobre su pecho, pero su as-pecto era sombrío y resuelto. Palpó el roble hueco para orientarse.

Luego dijo:

—¡Luciano, Luciano! ¡Oh Luciano!

Después, sintiendo lágrimas en el rostro y el cora-zón enternecido, se lanzó hacia el borde de la plata-forma murmurando:

—¡Dios mío, perdóname!

Era de noche. Cheri se deshacía en aullidos tratand-o de romper su cadena de seda. El Vesvre rugía sordamente en el fondo del precipicio.

\*\*

¡Qué alegre joven era Luciano! Más joven que sus veinte años, más alegre que las canciones que cantaba á lo largo del camino cuando iba á caballo hasta Maus ó hasta Rennes.

Sin hiel, sin cuidados y enamorado hasta las uñas, no tenía en el mundo más que una tristeza: que su pequeña Berta fuese ciega.

La amaba mucho y no quería más que á ella. Fargeau mentía odiosamente cuando hablaba de una se-ñorita de Vitré, de un matrimonio, ¡qué sé yo!

Al dejar á Berta para tomar el camino de Vitré, Luciano tenía el corazón oprimido. Desde la platafor-ma hasta el vado del Vesvre sintió dos veces que las lágrimas asomaban á sus ojos.

—¡Bien, bien!—decía echándose á la espalda la cu-lata de su fusil de dos cañones.—¡Esta locura me hace lloriquear! ¡Dios mío, cuánto la amo!

Y entonó una canción, á la que siguió un instante de tiernos pensamientos; después, otra canción.

Pronto resonaron sus pasos sobre el pavimento de la vieja villa.

Estaba encendido el alumbrado público cuando Luciano penetró en la primera calle. Abrió la puer-ta de una taberna y preguntó:

—¿Sabe alguien dónde vive el señor Honorato Crehu?

—No, señor—respondió el tabernero.





... se lanzó hacia el borde de la plataforma murmurando:  
—¡Dios mío, perdóname!

Luciano cerró la puerta diciendo para sí:  
—¡Es raro! ¡Un hombre que se llama Crehu, que vive en Vitré y á quien no conocen!

Miró de nuevo las señas de la carta, que decían claramente: «Al señor Honorato Crehu de Pelihou, en Vitré».

Luciano abrió otra puerta y preguntó de nuevo, obteniendo la misma respuesta.

Abrió una tercera puerta, una cuarta... quince veinte, treinta.

Cansado de preguntar y cuando ya iba á volverse, una buena mujer le dijo:

—Será el padre Honorato, *el Traga-monedas*, que vive en la callejuela del Pozo Rondel.

—¿Y dónde está la callejuela del Pozo Rondel?

—Detrás del hospital; vive en una casita de campo que está á la izquierda.

Luciano echó á correr hacia el hospital.

Había en Vitré no sólo un hombre, sino un sitio que no conocía.

En el Pozo Rondel los reverberos eran desconocidos. Luciano llamó á una puerta carcomida, que fué abierta por una figura parecida á un aguafuerte de Callot.

—¿El señor Honorato?—preguntó.

—¡Una monedita!—repuso el aguafuerte de Callot ejecutando horriblemente un ademán de mendigo.

Luciano le dió un sueldo.

El aguafuerte le tomó por un obispo disfrazado y le hizo una reverencia.

—¿El señor Honorato?—dijo.—¿El *Traga-monedas*? El señor Honorato vive en lo alto de la casa del fondo; pero está durmiendo para no gastar luz.

Luciano penetró decididamente en el fango que llenaba el piso del callejón, y llegó á la casa del fondo. Por ser diestro y ágil no se dió más que cinco ó seis golpes al subir la escalera que conducía á los pisos superiores.

Llamó varias veces con la culata de su fusil, y nadie respondía.

Al fin se abrió una puerta. Luciano, cuya vista se había habituado á las tinieblas, vió como una forma blanquecina.

—¿Qué desea usted?—dijo al mismo tiempo una voz temblona y cascada.

—Pregunto por el señor Honorato Crehu de Pelihou—respondió Luciano.

—Aquí es—dijo la voz.

—Deseo entregarle una carta.

—Démela.

—¿Es usted el señor Honorato?

La voz no respondió; pero una mano arraucó en la sombra la carta que llevaba Luciano, y la puerta volvió á cerrarse.

.....

Era Jaume el pastor el que estaba entre las ramas del gran roble.

En aquel momento corría en pos de Luciano para decirle cuanto había visto en la Mestivière.

Mas ¿quién diablos hubiera ido á buscar á Luciano en casa del señor Honorato, *el Traga-monedas*, en lo alto de la casa del fondo en el callejón del Pozo Rondel?

## XXIV

### El libro de oraciones.

Tiennet Blône había seguido el camino de Ceuil al dejar á Jaume el pastor, después de la explicación que siguió al famoso combate de garrote en el otero de la Mestivière.

No se apresuraba. Pensaba.

Era el último día que debía pasar en aquel país, que era el suyo. Contemplaba cada objeto, indiferente la víspera, con ojos de ternura y de pesar. Al percibir de lejos entre los árboles el puntiagudo y humilde campanario de Vesvron, su corazón se oprimió.

mió. Él mismo no sabía cuánto amaba al pobre país donde se deslizó su infancia.

Mas era preciso partir, á menos que el misterioso nombre escrito en la primera página del libro de oraciones dado en otro tiempo por la señora Marion le ofreciese graves motivos para quedarse.

Era preciso partir, porque el Destino le impelía á ello, porque había envejecido diez años en la hora pasada al lado de la propietaria, porque las juveniles esperanzas que llenan la cabeza y el corazón de los niños sin padres acababan de desvanecerse. Antes de salir de Vitré había vuelto á ver al señor Berthelleminot de Beaurepas.

He aquí lo que habían convenido Tiennet Blône y el caballero del Aguila amarilla de Suabia. Al día siguiente, á las cinco de la mañana, un carruaje le aguardaría en el castillo.

Tiennet Blône, el señor Berthelleminot y dos viñateros de poca importancia debían reunirse y tomar incontinenti el camino de Granville, donde *El Argonauta* los esperaba para hacerse á la vela.

En el camino de Ceuil, y repitiendo en todos los tonos ¡es preciso partir!, ¡es preciso partir!, el pobre Tiennet se devanaba los sesos para adivinar qué nombre podría ser el que estaba escrito en la primera página del libro de oraciones, que había ojeado cien veces; pero no se acordaba de haber mirado nunca la primera página.

Cuando llegó al castillo, aún era de día. Nada parecía cambiado en la fisonomía interior del viejo feudo. Los huéspedes de la cocina, Mathurin Houin, Pedro Mechet, etc., que dejó allí en el momento de su partida, felicitaron á Tiennet por la dicha que había tenido escapando de la inundación. Pero Faucin hijo y Merieul lo aprobaron vivamente, así como Louisic el panadero:

—¿Es que *Argent* era un buen animalito!

No se hablaba siquiera de Juan del Mar.

Tiennet Blône subió las escaleras y se fué derecho al cuartito que ocupaba en el piso alto.

Su mobiliario consistía en una cama de correas, un cajón de abeto que le servía de cómoda, una banqueta y una escopeta de siete pies, con la cual ma-

taba ánadés en el estanque de Brehaim á cuatrocientos pasos de distancia.

Entre aquel mobiliario era muy difícil perder un objeto cualquiera.

Sin embargo, Tiennet no encontró inmediatamente el libro que iba á buscar desde tan lejos. No estaba en el cajón de abeto, ni en la cama de correas, ni debajo de la banqueta. ¿Dónde diablos podía estar oculto?

Tiennet volvió la banqueta, volvió el cajón, revolvió la cama. ¡Nada!

Miró hasta detrás de la escopeta de siete pies.

Después de haber buscado hasta cansarse, Tiennet se sentó al pie de la cama de correas con las manos sobre las rodillas, y decía poco más ó menos:

—El libro se ha perdido! ¿Aquella mujer decía la verdad, ó mentía? ¡No lo sé! Lo cierto es que para ir á cortar abetos á ochocientas leguas de aquí no tengo necesidad de saber el nombre... ¿Qué nombre?—se interrumpió.—El nombre del que, si quisiera, podría decirme: ¡Tú eres hijo de la señora Marion!

Se estremeció de pies á cabeza.

—La señora Marion!—repitió con un movimiento de horror.—¡No puedo sufrir esta idea! ¡Vaya!—exclamó levantándose y tratando de desechar la tristeza.—¡Mi equipaje no será muy largo de hacer!

Extendió en el suelo un gran pañuelo algo agujereado que debía servirle de valija, y se puso á hacer su maleta. Tres ó cuatro camisas, un pantalón, una bonita corbata roja y azul. ¿Estaba todo? A fe que sí había alguna otra cosa, no debía de ser muy voluminosa.

Tiennet se levantó.

Después, y no obstante las sensatas reflexiones que había hecho, empezó de nuevo á buscar su libro.

De pronto se detuvo y palideció.

Su emoción era tan grande que se vió obligado á arrimarse á la pared y llevarse ambas manos al pecho.

Acababa de acordarse. Sabía dónde estaba el libro. Lo sabía.

¡Malhayan las reflexiones sensatas! ¡El libro! ¡Allí estaba el nombre de quien tenía su suerte en la mano!

Dió un puntapié á su lfo, otro á la puerta de su cuarto, y bajó de dos saltos la escalera.

En los pasillos encontró figuras extrañas: el juez de paz de Vesvron, Morin, Guérineul, Houel y Menand joven, notario.

Todos tenían aire preocupado.

Tiennet apenas los vió.

Al dar la vuelta á la galería, si papá Romblon no se hubiera arrimado á la pared, Tiennet hubiera echado á tierra á aquel viejo tan poco digno de estima.

Llegó, siempre corriendo, á la habitación de Juan del Mar, que era donde había olvidado su libro.

Estaba completamente seguro de ello: le había olvidado hacía dos noches, cuando pasó la velada cerca del sofá del viejo corsario.

Empujó la puerta sin dudar y entró sin pedir permiso. ¿Acaso pensaba en lo que hacía?

Entró. La habitación estaba desierta. No había nadie más que Juan Crehu, inmóvil y dormido sin duda en el sofá.

Fué gran bien para Tiennet que Juan del Mar durmiese en aquel momento, porque el viejo corsario no era cariñoso. Pero apenas si Tiennet le dirigió una ojeada.

El libro estaba en la ventana, cerca del arpa de Berta. Tiennet se lanzó á cogerle, como si hubiera temido que se escapara.

Pero Tiennet, el hermoso adolescente, el pálido joven, el héroe de novela, no dejaba de ser un aldeano del arrabal de Vesvron, y en este supuesto—estamos obligados á decirlo,—en vez de calzar las costosas botas de piel de Rusia que siempre debían llevar los héroes de novela, iba provisto de gruesos zapatos, sólidamente clavados y de fortísima suela; calzado inapreciable para correr por la landa, pero escurridizo en aquel pavimento.

Tiennet dió un resbalón y para no caer se agarró al objeto que encontró más á mano, que fué el arpa de Berta.

El arpa rodo y cayó al suelo, exhalando una queja prolongada y sonora.

¡Tiennet poseía el libro! Pero permanecía allí, como aterrado, no atreviéndose á levantar los ojos,

porque temía encontrarse con la irritada mirada de Juan del Mar.

De buena gana se hubiera tapado los oídos para no escuchar la violenta amonestación del viejo al despertar sobresaltado.

Transcurrieron algunos segundos y la amonestación no estallaba. ¡Ni la menor maldición! ¡Ni la más pequeña blasfemia!

Tiennet dirigió una mirada tímida al sofá.

Juan del Mar no se movía. Era imposible que el ruido del arpa no le hubiera despertado.

El primer pensamiento de Tiennet fué atravesar la habitación de puntillas y huir con su presa.

Pero le asaltó un segundo pensamiento.

Se detuvo justamente frente á Juan del Mar, y contempló un instante aquella gran figura descolorida, ahogada entre las olas de su blanca barba, que se destacaban bizarramente á los oblicuos rayos del Sol poniente.

El juego de la luz dibujaba como una sonrisa en el rostro de Juan del Mar dormido.

Tiennet se acercó asustado.

En aquel instante el viento agitó los corpulentos árboles desnudos de hoja que en el jardín crecían delante de la ventana. La sombra y la luz daban una apariencia de vida á aquel pesado sueño, y Tiennet vió que los ojos del anciano estaban desmesuradamente abiertos.

El libro se escapó de sus manos.

Entreabrió bruscamente la chaqueta de piel de lobo del anciano y le tocó el corazón, que estaba yerto y paralizado.

Aquel hombre, que era el amo, había, pues, exhalado el postrer suspiro, solo, abandonado, en medio de un castillo lleno de gente.

Porque Juan del Mar había muerto.

Tiennet hizo el signo de la cruz, rogando á Dios mentalmente que tuviese misericordia con el alma del difunto.

Después permaneció allí, retenido por invencible preocupación.

Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y reflexionaba.

En aquel momento se fijó en un espejo que había en el extremo opuesto de la habitación, donde se reflejaba el demacrado semblante del muerto y su propia figura, en aquel momento pálida, casi lívida.

Se estremeció violentamente, porque entre ambos rostros había extraño parecido. Los rasgos eran los mismos: en él, coronados de brillantes cabellos negros; en el muerto, bajo los espesos mechones de una blanca cabellera. Era el mismo corte, valiente y aguileño, la misma línea atrevida en el dibujo de las cejas. La frente de Tiennet era más espaciosa; pero á veces la vejez deprime la caja ósea en que se aloja nuestro pobre cerebro.

Se hubiera dicho que el adolescente vivo y el viejo muerto eran el mismo hombre á sesenta años de distancia.

Tiennet se restregó los ojos como si creyese que soñaba.

Nunca había observado aquel parecido.

El tan deseado libro estaba en el suelo, á sus pies. Pasó cerca de él y se dirigió al antiguo espejo, que descolgó y colocó en el estómago del muerto. Se colocó frente á él y miró atentamente las dos imágenes.

Durante la lúgubre prueba su corazón le saltaba en el pecho.

Cuando hubo comparado con detenimiento, se rehizo y dijo:

—¡Este hombre era mi padre!

Después añadió:

—El nombre escrito al principio del libro debe de ser su nombre.

Cogió el libro y le abrió sin apresuramiento, pues estaba seguro del resultado.

Las dos primeras páginas estaban adheridas una á otra, y sin duda por eso era por lo que Tiennet no había visto lo escrito en una de ellas.

Las despegó y encontró en la segunda la firma de Juan Crehu de la Saulays.

Tiennet Blöne cerró el libro.

Diez minutos antes le hubiera causado gran asombro aquel descubrimiento.

¡Cuántas esperanzas hubiera despertado en él!



Las despegó y encontró en la segunda la firma de Juan Crehu...

A la sazón no podía asombrarse. Y en cuanto á la esperanza, llegaba Tiennet demasiado tarde. El hombre había muerto.

\*\*\*

Transcurrió media hora. Tiennet continuaba cerca del sofá donde yacía Juan del Mar. Al cabo de este tiempo se arrodilló y rezó.

Un ruido de pasos se oyó en el pasillo.

Tiennet besó la frente del muerto con recogimiento solemne. Después le cerró los ojos como hijo y como cristiano.

Luego dijo, paseando una altiva mirada en rededor de la habitación:

—Todo esto es mío! ¿Debo quedarme ó debo partir?

## XXV

### La cámara mortuoria.

Verdaderamente, Tiennet Blóne iba demasiado de prisa.

Por haberse mirado en un espejo y encontrado cierto parecido entre él y el difunto Juan Crehu de la Saulays, deducía que aquel filósofo era su padre.

Es verdad que estaba su nombre escrito al frente del librito de oraciones.

Pero ¿quién creería una palabra de cuanto dijera la señora Marion, propietaria?

Por otra parte, el cofre que la noche anterior abrió Berta por orden de Juan Crehu contenía un testamento ológrafo, cuatro grandes páginas de apretada escritura.

Tiennet no tenía más que diez y seis años. La mañana de aquel mismo día su corazón se había estrellado contra el primer escollo de la vida. Su orgullo, violentamente humillado, se sublevaba.

Notemos que después de haber dicho «Todo esto es mío», había añadido: ¿Debo quedarme ó debo partir?

¡El, que se creía firmemente hijo de un millonario, partir con su hatillo al extremo de un bastón!

Se inclinaba mucho hacia esta última resolución.

El ruido de pasos se aproximaba.

Cuando llegaron á la puerta, Tiennet se había levantado.

Los recién llegados eran en gran número: Maudreuil, Houel, los dos Romblon, Menand joven, el doctor Morin y el caballero Filis de Guérineul.

Detrás iban el señor Besnard y el dulce Fargeau, que aparecían algo sofocados por una carrera reciente.

El juez de paz de Vesvron y el escribano también eran de la partida.

—Mi querido señor Lebellic—dijo *Primo y amigo* al juez de paz,—cuando nuestro malogrado amigo y primo Juan Francisco-María Fidel Crehu de la Saulays ha muerto en ausencia de nuestros primos y amigos Fargeau y Luciano de la Saulays, he creído un deber proceder, con la asistencia de nuestros primos y amigos Houel, Guérineul y otros, á la averiguación...

El magistrado, muy ufano por oírse llamar señor Lebellic, le interrumpió con grave gesto:

—¿No habrá usted sustraído nada?

*Primo y amigo* se irguió.

—No es en el momento de heredar...—balbuceó.

—¡Bueno, bueno!—dijo el juez de paz.—No se enfada usted. ¡Trepointeau!

A este llamamiento el escribano se aproximó.

El juez tenía un gorro de seda negra y zuecos; el escribano, zuecos y un gorro de lana.

El alcalde, de quien aún no hemos hablado, el señor Le Mibir de Crapadeuc, tenía zuecos y un gorro de lana sobre otro de seda negra.

Tales eran las autoridades constituidas en el arra-

bal de Vesvron. Se aseguraba que el alcalde sabía leer.

—Trepointeau—dijo el juez de paz,—puesto que nada se ha sustraído, creo que es preciso colocar los sellos.

—Se hará—replicó calurosamente Trepointeau.

Pero el alcalde objetó:

—Desde luego habrá, ante todo, necesidad de demostrar que el vecino Crehu ha muerto. ¿No es verdad, señor?

Y guiñó el ojo, sonriendo dulcemente como un perfecto idiota que era.

La escena se hacía interesante. En aquella habitación, obscura y destartada, se hacía poco á poco de noche.

Al lado de la puerta estaban ocho ó diez ávidos herederos; en el centro, las tres autoridades; detrás, en el sofá, la pálida figura de Tiennet casi desaparecía en la sombra; y sobre el sofá, recibiendo de lleno los últimos rayos del crepúsculo, el rostro demacrado y huesoso del anciano muerto.

¿Cómo decirlo? De parte de los herederos del difunto, que hablaban entre sí con aire de misterio, parecía una escena de comedia. Las tres autoridades descendían hasta la farsa. La tragedia fúnebre estaba toda entera en el reducido espacio en que Tiennet Blóne se hallaba de pie cerca del cadáver.

—Es justo—dijo el juez de paz respondiendo á la observación del alcalde,—¿No es así, Trepointeau?

—Se hará—respondió Trepointeau con firmeza.

El doctor Morin se adelantó para hacer su declaración.

Entretanto Fargeau se había acercado á Romblon padre y le decía:

—¡Gracias por vuestro mensaje! ¿No hay nada de nuevo?

—El viejo se ha extinguido como una luz que se consume—respondió papá Romblon.

—Pero ¿y las averiguaciones de que hablaba Merieul?

—Eso es otra historia. Se ha encontrado un testamento en el cofre.

—¿A favor de Berta?

—A favor de todos.

—¡Ah!

Fargeau suspiró profundamente.

—En favor de todo el mundo—prosiguió el viejo Romblon.

—¿Cómo?—dijo Fargeau.

—¡Ya veréis!—dijo el padre de Fifí riendo con socarronería.

—¿Qué dice?—preguntó Besnard á Fargeau.

—A consecuencia de lo cual, le declaramos muerto, y bien muerto—exclamó en aquel momento la alegre voz del alcalde, señor Le Mihir de Crapadeuc.

Y añadió volviéndose á Guérineul:

—Eso no impide que bebamos alguna cosa.

—Yo también—exclamó Guérineul.—Pero va á haber aquí toda una ceremonia. Ya lo verá usted.

—¡Vamos!—dijo el señor Lebellich.—Ahora á poner los sellos.

Trepointeau sacó sus herramientas del fondo de su gorro de lana.

Besnard iba de uno en otro buscando noticias.

—¡Un testamento chusco!—le dijo el viejo Houel.—¡Todos somos herederos!

—¿Cómo todos!—replicó Besnard.—¿Yo también?

—¡Como los demás! Esta noche vamos á saberlo. Maudreuil es el encargado de la ejecución preparatoria. Juan del Mar ha ordenado que todos sus herederos se reunieran, vaso en mano, la noche misma de su muerte. Aquí somos los amos. Dentro de una hora nos sentaremos á la mesa.

—¡A la mesa!—repitió Besnard.

—¡Era un valiente! ¡Ha tenido una idea feliz! ¡No hacía nada como todo el mundo!

—Primo y amigo—dijo Maudreuil á Houel con aire de importancia,—voy á vigilar la cocina.

Fargeau parecía un alma en pena. ¡Tanta diplomacia gastada inútilmente!

—Los sellos están puestos—dijo Trepointeau.

Un canto grave y solemne resonó en el pasillo.

Todos se callaron, oyendo al punto los versículos latinos del *De profundis*.

—¡El párroco!—dijo Houel.—Sin duda viene con todo el pueblo. ¿No lo prohíbe el testamento?

Papá Romblon le cogió por un brazo.

—Tome usted lo que se le designe en el testamento—dijo,—y deje que se canten preces.

La puerta se iluminó, y la luz, cada vez más viva, penetró hasta la cámara mortuoria. Era una procesión de las gentes de Vesvron, que iban con el rector á la cabeza llevando cirios y agua bendita.

Renata entró la primera llevando varios cirios, que distribuyó al punto entre todos los presentes. Los cirios de los aldeanos y colonos estaban ya encendidos. Fargeau cogió uno; Besnard, otro. Morin, Houel, Menand joven, la *Alcachofa* y Guérineul hubieran deseado mucho mejor hacer una partida de treinta y seis tantos en el billar de troneras de mamá *Rogome*.

Le dieron otro á Tiennet Blône, que no se había movido desde el principio de esta escena.

El rector de Vesvron se colocó al lado del sofá con la pililla del agua bendita en una mano y el hisopo en la otra y entonó el oficio de difuntos. Muchos recitaban los versículos con voz triste y pausada. Todos, uno á uno y con el cirio en la mano, arrojaron una gota de agua bendita sobre el cadáver.

Tiennet Blône fué el último.

Tomó el hisopo y roció el cuerpo del muerto. El salmo había terminado y el sacerdote enmudeció.

—¡Adiós, padre mío!—exclamó Tiennet con voz firme y vibrante, que produjo como una descarga eléctrica entre los circunstantes. Tenía tal aire de autoridad que se le hubiese creído en verdad el amo del castillo.

Más de un aldeano del arrabal de Vesvron dijo después que Juan Crehu, muerto como estaba, hizo un signo con la cabeza como para contestar: ¡Adiós, hijo mío!

Tiennet entregó el hisopo al asombrado sacerdote y se volvió hacia el grupo de los herederos, en cuyo centro estaba Fargeau.

Fargeau no pudo sostener su mirada.

—¿Dónde está el señor Luciano Crehu de la Saulays?—dijo Tiennet Blône.

Nadie respondió. Tiennet volvió á decir:

—¿Dónde está la señorita Berta?

Nuevo silencio.  
Tiennet cruzó los brazos sobre el pecho. Sus ojos lanzaban chispas.

—¡Señor Fargeau—prosiguió,—voy á buscar noticias suyas y volveré!

Atravesó la habitación con paso lento y se dirigió á la puerta. En el grupo de los herederos se decía por lo bajo:

—¡Es un loco de atar!

Una vez en el umbral, Tiennet se detuvo:

—¡No me dejaré matar, señor Fargeau!—dijo con extraño acento.—¡Cenad, pero tened cuidado con los postres!

—¡Conocía el testamento!—murmuró Houel estupefacto.

Romblon dijo al oído de Fargeau:

—¡Si sale del castillo, pobre de usted!

—¡Detenedle!—gritó Fargeau.

Pero Tiennet Blône ya estaba en el camino de la Mestivière.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES" XXVI  
CALLE CALLEJA, MONTERREY, MEXICO  
Buena sidra.

Antes de regresar á sus respectivos domicilios, el señor Lebelléhic, juez de paz, Trepointeau, escribano, y el señor Le Mihir de Crapadeuc, alcalde, fueron espléndidamente obsequiados por Renata.

Los dos magistrados y el escribano volvieron al arrabal de Vesvron cogidos del brazo, cantando como bienaventurados y un tanto alegres.

En el castillo de Ceuil hubo gran fiesta. Se había abierto un barril de sidra en la cocina, y los señores cenaban en el gran salón rojo, donde no se había celebrado un banquete hacía más de cincuenta años.

Los *grous* cocían en el enorme caldero de metal, y

en la marmita había un gran trozo de tocino. ¡Santo Dios! ¡No se muere todos los días un hombre como el señor Crehu de la Saulays!

En torno de la chimenea todos los mozos estaban reunidos con Renata y Olivette. No faltaban más que Tiennet Blône y Jaume el pastor.

—¡Buena sidra!—dijo Mathurin Houin, trasegando un vaso.

—¡Caramba!—replicó Pedro Mechet.—¡Ya lo creo que es buena!

—No muy fuerte—agregó Faucin.

—No demasiado floja tampoco—dijo Merieul.

—Eso va en gustos—replicó Ivon.

—¡Venga sidra!—exclamó Louisic el panadero.

La vieja Renata, que también era de esta opinión, la calentaba en una escudilla para curarse el dolor de estómago.

—¡Es muy chusco—dijo—que el señor Luciano no esté ahí, ni la señorita Berta!

—Como chusco, es chusco.

—¿Y Tiennet? ¿Le habéis oído decir: Buenas noches, hasta la vista, papá?

—Tiennet tiene mucho humo en la cabeza—hizo observar Pedro Mechet.

—Lo que dijo al marcharse—repuso Merieul:—¡Yo no me dejaré matar! ¡Desconfiad! debe de tener alguna significación.

—¡Escuchad!—dijo Faucin asustado.

Todos callaron. Se oyó un ruido sordo en el interior del castillo.

—Son los señores, que están de francachela—murmuró Ivon tímidamente.

—No—replicó Faucin;—es la vaca que muge en el establo.

Volvieron á acomodarse en torno del fuego.

Permanecieron callados. Pedro Mechet señaló con el dedo á Olivette, que estaba inmóvil, con los brazos cruzados sobre las rodillas y absorta en triste meditación.

En nada se parecía á la alegre joven de la víspera. Estaba pálida; debía de sufrir.

—¡Vaya, vaya!—murmuró el coro.—¿Qué es lo que tiene Olivette?



La joven oyó pronunciar su nombre y alzó los ojos, que todos pudieron ver llenos de lágrimas.

—¡Nunca hubiera creído que amase tanto al difunto!—dijo Pedro Mechet.

—¡Ivon, menéate, muchacho—gritó Renata,—y lleva una escudilla de *grous* y un trago de sidra al pobre señor rector, que vela solo en el cuarto de Juan del Mar!

—¡Ay!—dijo Ivon abriendo desmesuradamente los ojos.—¿Tengo que entrar allí.

—¡Tiene miedo!—gritaron á coro.

Ivon, rojo como un tomate, tomó los dos vasos y salió sin decir palabra. Cuando volvió estaba pálido y tembloroso.

—¿Qué has visto, muchacho?—le preguntaron.

—El cura estaba arrodillado—respondió Ivon.—Juan del Mar parece que duerme, y se oye á los señores que cantan en la sala roja.

—¡A fe mía—dijo Merieul.—los señores lo pasarán bien allí, y nosotros aquí! ¡Venga sidra!

Los vasos se llenaron y tolos bebieron en silencio. Después repitieron unánimemente:

—¡Buena sidra! ¡Vaya si es buena!

El reloj de pesas que había en el largo armario de roble señalaba las nueve y media.

Llamaron suavemente á la puerta exterior de la cocina.

—¡Abre, muchacho!—dijo Mathurin Houin á Ivon.

—Será Tiennet Blóne ó Jaume el pastor.

—Acaso el señor Luciano.

—O quizá la señorita Berta.

—¡La señorita Berta!—repitió Olivette, que pareció despertar sobresaltada.

Y miró á la puerta con espanto, como si hubiese esperado ver un fantasma.

Ivon abrió, y entró, efectivamente, un fantasma. Ivon cayó á tierra y los demás ocultaron la cabeza entre las manos.

La misma Olivette retrocedió y la vieja Renata cayó de rodillas temblando convulsivamente.

El fantasma atravesó la cocina; apenas sonaban sus pasos; abrió la puerta que comunicaba con el interior del castillo y desapareció.

Todos le vieron y le reconocieron. Era Juan del Mar, con su chaqueta de piel de lobo y el escuálido rostro consumido entre la espesa y blanca barba.

## XXVII

Donde se ve crecer á «Primo y amigo».

¿Qué hacían entretanto los señores encerrados en la sala roja?

Antes de relatar el extraño festín que tuvo lugar en el castillo de Ceuil la noche de la muerte de Juan del Mar, es preciso retroceder algunas horas y trasladarnos á la cámara mortuoria.

En cuanto al fantasma que acababa de atravesar la cocina, ya volveremos á encontrarle, pues de seguro no había ido únicamente á asustar á las gentes que velaban.

Tiennet Blóne se engañaba al pensar que Juan Crehu de la Saulays había muerto solo y abandonado en su castillo. El viejo había muerto hablando con el doctor Morin, á quien trataba de asombrar con la audacia de su filosofía.

El doctor no esperaba de ningún modo tan brusco desenlace y hasta había quitado toda esperanza próxima á los colaterales. Guérineul y Houel se preparaban á reunir sus huesos. *Primo y amigo* erraba melancólicamente por los pasillos, invocando á la divinidad que preside las herencias y pensando en las hipotecas que gravaban su postrer asilo. Pero, aun desesperado, olfateaba. Perseguid á un chacal, y huirá lanzando su quejumbroso rugido; pero no irá muy lejos, pronto siempre á devorar al que desfallecido se rinda en la caravana. El heredero es un hombre-chacal.

*Primo y amigo* se encontró como por arte de magia